

Capítulo 1

*Durante mil años anduve solo medio vivo.
Perdida toda esperanza de encontrarte.
Demasiados siglos hacen del olvido un arte
con que el tiempo nos roba la rima y el color esquivo*

DOMINIC A SOLANGE

Si su compañera eterna, los machos carpatianos no soñaban. No podían ver en color y, desde luego, no experimentaban emoción alguna. Dolor sí sentían, pero no emociones. ¿Por qué, entonces, él había perseguido un sueño durante los últimos años? Era un guerrero antiguo y fogueado. No tenía tiempo para fantasías ni para dar rienda suelta a la imaginación. Vivía en un mundo inhóspito y desierto, y debía luchar contra enemigos que, la mayoría de las veces, habían sido compañeros o miembros de su propia familia.

A lo largo de los primeros cien años después de perder sus emociones, se había armado de esperanza. Con el correr de los siglos, esa esperanza de encontrar a su compañera eterna se desvaneció. Él se había acostumbrado a la idea de que la encontraría en el más allá, y por eso se propuso cumplir una última tarea a favor de su pueblo. Sin embargo, ahí estaba ahora, un guerrero antiguo y experimentado, Dominic del linaje

de los Cazadores de dragones, un linaje viejo como el tiempo, un hombre sabio, un guerrero de renombre y muy temido, despierto en la profundidad de la tierra fértil, soñando.

Los sueños tendrían que haber sido ligeros, insustanciales y, al principio, el suyo lo había sido. Una mujer. Sólo tenía una vaga idea de su apariencia. Comparado con él, era muy joven, aunque guerrera por derecho propio. No coincidía con su idea de la mujer que sería su compañera, pero cuando a lo largo de los años adquirió consistencia, se dio cuenta de que era la mujer perfecta para él. Él había luchado demasiado tiempo, sin siquiera un respiro para envainar la espada. No conocía otra forma de vida. Llevaba en los huesos la impronta del deber y el sacrificio y necesitaba una mujer que fuera capaz de comprenderlo.

Quizá de eso estaban hechos los sueños. Él no había soñado hasta sólo unos años atrás. Nunca. Los sueños eran emociones, y él había perdido las suyas. Los sueños eran colores, aunque tampoco fueran sus colores. Sin embargo, él los veía como colores a medida que los años iban dotando de forma a la mujer. Aquella mujer era un misterio y, en el combate, nadie estaba más seguro de sí mismo que ella. A menudo se le aparecía con huellas de magulladuras y heridas que le dejaban pequeñas cicatrices en su piel lozana. Él la examinaba escrupulosamente cada vez que volvían a verse, hasta que sus curaciones se convirtieron en una parte ritual de aquellos encuentros. Él sonreía para sus adentros al observar que, cuando se trataba de verse a sí misma como mujer, aquella guerrera era la antítesis misma de la seguridad.

Por un momento se preguntó por qué sonreía para sus adentros. Una sonrisa sugería felicidad, y él no tenía emociones que le permitieran sentir eso. Sin embargo, en lugar de apagarse como él esperaba, sus recuerdos se iban haciendo más vivos a medida que se acercaba al final de sus días. Cuando invocaba aquel sueño, lo embargaba una sensación agradable, de bienestar y felicidad.

Con los años, su perfil se había vuelto más nítido. Una mujer jaguar. Una guerrera feroz con los mismos valores que él en cuanto a la lealtad, la familia y el deber. Nunca olvidaría la noche, hacía sólo una semana, que había visto el color de sus ojos. Por un instante, se quedó sin respiración, mientras la miraba, maravillado, y le sorprendió ver que recordaba

los matices con tanta nitidez y que podía atribuir un color a sus ojos de felino.

Cuando él conseguía arrancarle una risa, sus ojos eran bellos, de un verde intenso con ligeras estrías doradas y de color ámbar. Ella no reía a menudo ni fácilmente, y cuando lo hacía, él tenía la sensación de haber obtenido una victoria superior a la de cualquier batalla en que hubiera luchado y salido vencedor.

Los sueños, que sólo tenía cuando estaba despierto, siempre parecían algo borrosos. Pero él ansiaba el momento de verla, creía ser su protector, como si hubiera decidido que la mujer que aparecía en sus sueños era la que se merecía su alianza. Le escribía canciones de amor en que le hablaba de todo lo que deseaba decirle a su compañera eterna. Y cuando ella se negaba a descansar, él la tendía, le apoyaba la cabeza en su regazo y le acariciaba la espesa melena mientras le cantaba en su lengua. Jamás se había sentido tan contento, ni tan completo.

Al moverse, remeció la tierra fértil que lo envolvía. Al primer movimiento, el dolor lo hizo tensarse, como si miles de puñales lo desgarraran desde el interior. La sangre envenenada del vampiro que había ingerido en un acto deliberado estaba contaminada con parásitos que se agitaban en su interior, reproduciéndose, intentando apoderarse de su cuerpo, invadiendo cada célula y cada órgano. Y aunque purgara unos cuantos para impedir que aumentaran, los parásitos reaccionaban multiplicándose con mayor rapidez.

Dejó escapar un silbido de dolor entre dientes cuando se obligó a incorporarse. Aún no había caído la noche, y él seguía siendo un carpadiano con muchas batallas y otras tantas muertes en su haber. Los antiguos no se levantaban antes de que se pusiera el sol, pero él necesitaba todo el tiempo posible para buscar a sus enemigos y orientarse en aquella tierra de mitos y leyendas vivientes.

En las profundidades de la caverna que había elegido en la selva amazónica, retiró suavemente la tierra y dejó que ésta se asentara a su alrededor mientras se despertaba del todo. Quería que aquel espacio conservara el aspecto de siempre. Él se desplazaba sólo de noche, como todos los suyos, afinando el oído ante los susurros malignos o siguiendo la huella de algún vampiro maestro. Estaba seguro de que

aquella criatura conocía los planes para destruir a la especie de los carpatianos de una vez y para siempre. Su pueblo sabía que los vampiros habían decidido unirse y obedecer al liderazgo de los cinco grandes. Al principio, los grupos eran pequeños y estaban dispersos, y sus ataques repelidos con facilidad. Sin embargo, en los últimos tiempos el murmullo de la conspiración se había convertido en un fragor, y los grupos se habían vuelto más numerosos y más organizados de lo que se había pensado al comienzo. Dominic estaba seguro de que la sangre contaminada era la clave para identificar a todos los que se habían pegado a la alianza de los cinco vampiros *maestros*.

A lo largo de su viaje, se había enterado de esos planes. Había puesto a prueba varias veces su teoría al cruzarse con tres vampiros. Dos de ellos eran novatos, no tenían los parásitos y no eran rival para un cazador experimentado como él. Pero el tercero había contestado a sus inquisiciones. En cuanto aquella criatura se aproximó, los parásitos se agitaron en un frenesí de reconocimiento mutuo. Dominic estuvo escuchando al vampiro casi toda la noche mientras éste se jactaba de las legiones de criaturas inertes, cuyas filas seguían creciendo. Le habló de los emisarios que se reunirían en la selva amazónica, donde contaban con la complicidad de los hombres jaguar y de una sociedad fundada por humanos que, paradójicamente, ignoraban que se habían aliado con la especie que se proponían aniquilar. Los vampiros *maestros* utilizaban tanto a los humanos como a los hombres jaguar para dar caza y destruir a los carpatianos. Después de escucharlo, Dominic mató al vampiro, le arrancó el corazón con un movimiento certero y luego invocó el rayo para incinerarlo. Antes de abandonar el lugar, se aseguró de borrar cualquier rastro que delatara su paso.

Sabía que el tiempo se le acababa. Los parásitos no cesaban en su actividad, le murmuraban sus planes malignos al oído, incitándolo a unirse a sus amos. Él era un guerrero antiguo sin compañera eterna y la oscuridad ya se había adueñado de gran parte de su corazón. Su hermana bienamada había desaparecido hacía cientos de años, aunque recientemente Dominic se había enterado de que había muerto y de que sus hijos habían sido acogidos por los carpatianos. En cuanto a él, sólo le quedaba llevar a cabo esa última tarea y poner fin a su existencia baldía con sentido del honor.

Apartó la tierra fértil y buscó la superficie, rejuvenecido como podía estarlo un vampiro con parásitos en la sangre. En la caverna oculta en las profundidades, la luz del sol no podía herirle la piel, aunque él intuía su cercanía en el exterior, como si esperara, al acecho, para abrasarlo. Sintió un escozor que lo quemaba ligeramente, y supo lo que le esperaba. Recorrió la caverna con paso firme, desplazándose por el terreno accidentado en medio de la oscuridad con la seguridad pausada del guerrero.

Cuando comenzó su ascenso hacia la superficie, pensó en ella, su compañera eterna, la mujer que aparecía en sus sueños. Era evidente que no era su verdadera compañera eterna, porque si lo fuera él vería todos los colores con nitidez, no sólo el de sus ojos. Distinguiría los matices del verde en el bosque lluvioso en lugar de ver sólo tonos de gris. ¿Acaso era un engaño encontrar solaz junto a ella? ¿Era un engaño cantarle acerca del amor que profesaba a su compañera eterna? La añoraba y a veces necesitaba invocar su presencia para aliviar esas horas de la noche en que su sangre ardía y se sentía consumido por los parásitos que lo roían por dentro. Pensaba en su piel tersa, una sensación asombrosa, porque él tenía la fortaleza de un roble, y su propia piel, la resistencia y el grosor del cuero.

Al acercarse a la salida de la caverna, vio la luz que penetraba por la boca del túnel y todo él se encogió como en una reacción condicionada por siglos de existencia nocturna. Dominic amaba la noche, sin importar dónde se encontrara, en el continente que fuera. La luna era su amiga, las estrellas eran las luces que guiaban sus pasos. Ahora se encontraba en territorio desconocido, pero sabía que los cinco hermanos De La Cruz vigilaban el bosque lluvioso, aunque cada uno de ellos debía abarcar vastas extensiones. Sospechaba que las cinco criaturas que reclutaban a los vampiros menores contra los carpatianos habían elegido deliberadamente el territorio de los hermanos De La Cruz como cuartel general.

Los hermanos Malinov y los hermanos De La Cruz habían crecido juntos y, más que amigos, eran como parte de una misma familia. Para el pueblo carpatiano, eran sin duda las dos familias más poderosas y muchos consideraban invencibles a sus guerreros. Dominic pensó en sus respectivas personalidades y en la camaradería que, con el tiempo, se había convertido en rivalidad. Tenía cierto sentido que los hermanos Malinov decidieran establecer su cuartel general precisamente delante de las

narices de quienes habían conspirado para derrocar a los Dubrinsky como líderes del pueblo carpatiano y, al final, habían decidido retractarse y jurar obediencia al príncipe. Desde entonces, los hermanos Malinov se habían convertido en los enemigos acérrimos e implacables de la familia De La Cruz.

El razonamiento de Dominic había sido confirmado por el vampiro que había matado en los montes Cárpatos, un vampiro menor muy locuaz deseoso de jactarse de todo lo que sabía. Dominic se abría camino sin hacer prisioneros, por así decir, y estaba asombrado por la sorprendente función de alarma que cumplían los parásitos. A los hermanos Malinov jamás se les ocurriría que un carpatiano tuviera la osadía de ingerir la sangre contaminada con el fin de penetrar en sus filas.

Al acercarse a la salida de la caverna, percibió primero el ruido de aves y monos y el zumbido incesante de los insectos a pesar de la lluvia inclemente. Hacía calor y del suelo alrededor de la caverna se alzaba un manto de vapor con el agua que caía del cielo. El ramaje de los árboles colgaba y se inclinaba sobre las orillas desbordadas del río, y las raíces se hundían y formaban trampas retorcidas, con sus gruesos zarcillos, reptando viperinamente por el suelo con sus aletas de madera.

Dominic era inmune a la lluvia y al calor, y capaz de regular la temperatura de su cuerpo para sentirse cómodo. Sin embargo, esos diez metros entre la entrada de su cueva y la seguridad relativa de la espesa bóveda vegetal serían un auténtico infierno, lo cual no despertaba en él ningún entusiasmo. Desplazarse bajo la luz del sol, aunque adoptara otra forma, era una experiencia dolorosa, aparte de los parásitos que le desgarraban los interiores como si hubiera tragado astillas de vidrio.

Resultaba difícil no buscar las reminiscencias del sueño. Cuando ella lo acompañaba, el dolor menguaba y cesaba el murmullo en su cabeza. Aquellos susurros que no paraban, producto de la actividad de los parásitos que lo llevarían a rendirse a la voluntad de los *amos* y sus planes, lo agotaban. El sueño le daba solaz, aún cuando supiera que su compañera eterna no era real.

Sabía que había elaborado lentamente aquella imagen de la compañera eterna en su cabeza. No se trataba de su aspecto sino de sus características, de los rasgos que para él eran importantes. Necesitaba a una mujer

que le fuera fiel por encima de todo, una mujer que defendería ferozmente a sus hijos, que permanecería a su lado pasara lo que pasara. Él sabría que contaba con ella y no tendría que preocuparse de que fuera incapaz de protegerse a sí misma o a sus hijos.

Necesitaba a una mujer que, cuando estuvieran solos, lo siguiera, que fuera femenina y frágil y todo aquello que no podía ser en el campo de batalla. Quería que ese rasgo suyo le perteneciera en exclusiva. Tal vez fuera una idea egoísta, pero Dominic nunca había poseído nada para sí mismo, y aquella mujer le pertenecía sólo a él. No quería que otros hombres la vieran como él la veía. Tampoco quería que ella mirara a otros hombres. Ella le pertenecía sólo a él, y quizás eso fueran los sueños, inventar la mujer perfecta a sabiendas de que nunca la tendría.

Conocía muy bien sus destrezas como guerrera. Había visto las cicatrices de las batallas. La respetaba y admiraba cuando ella caminaba a su lado, aunque fuera incapaz de conservar la imagen demasiado tiempo. En los sueños, ella se le aparecía protegida por un velo grueso, y lo que intercambiaban no eran palabras sino imágenes. Los dos habían tardado mucho tiempo en revelar cualquier aspecto de su naturaleza que no fuera la del guerrero, y se había tejido lentamente entre ambos cierta confianza, y eso lo consolaba. Ella no ofrecía fácilmente su alianza, pero cuando lo hacía, se entregaba sin restricciones. Se entregaba a él.

Dominic volvió a darse cuenta de que sonreía ante esa ridícula fantasía. A su edad, era absurdo. Quizá fuera una señal de que su mente empezaba a deteriorarse, de una senilidad en ciernes. Pero, ay, cuánto la echaba en falta cuando no podía invocarla. Allí, en el calor húmedo de la selva, con la lluvia cayendo como un velo plateado, parecía más cercana. El manto de humedad le recordó la primera vez que había conseguido penetrar más allá de esa nebulosa en sus sueños y verle la cara con toda nitidez. Le había robado el aliento. Ella parecía muy asustada, como si hubiera salido a la luz deliberadamente, como si por fin se hubiera atrevido, aunque temblaba, esperando a que él emitiera su juicio.

En ese momento él se había sentido más cerca que nunca del amor verdadero. Intentó comparar su sentimiento con aquello que había sentido por su hermana, Rhiannon, en los primeros tiempos, cuando todos eran felices y él todavía poseía emociones. Había conservado ese recuer-

do del amor durante siglos. Sin embargo, ahora que necesitaba ese sentimiento para acabar de moldear su sueño antes de lanzarse a la lucha, era una emoción muy diferente.

Emociones, pensó, dándole vueltas a la palabra en su cabeza. ¿Qué significaba? ¿Eran recuerdos? ¿O era la realidad? ¿Y por qué de pronto, allí, en medio del bosque, sus recuerdos cobraban tal intensidad? Olió la lluvia, aspiró profundamente su esencia, y sintió un leve placer en aquella sensación. Era frustrante estar a punto de apoderarse del sentimiento y ver que éste se le resistía. No era simplemente un efecto secundario de la ingestión de la sangre de los vampiros porque él había empezado a «soñar» mucho antes de todo aquello. Además, eran sueños que tenía durante las horas de vigilia.

Sospechaba de todo lo que no tenía sentido. No era un hombre propenso a sueños o fantasías, y su mujer mítica empezaba a cobrar demasiada importancia en su vida, en él mismo. Pretendía engañarlo para que pensara que era su verdadera compañera eterna, una realidad en lugar de una fantasía. Sin embargo, en esa tierra donde los mitos y leyendas cobraban vida, Dominic casi lograba convencerse a sí mismo de que era real. Y aunque fuera real, era demasiado tarde. El dolor incesante que le roía por dentro le decía que había llegado al final de su trayecto. Ahora tenía que llevar a cabo su plan, que era infiltrarse en el bando enemigo, enterarse de sus planes, transmitirle la información a Zacarías De La Cruz y luego matar a todos los vampiros que pudiera antes de caer. Había decidido morir luchando por su pueblo.

Mutó su aspecto y asumió la forma del amo de los cielos, el águila arpía. Era un ave más grande de lo habitual, a pesar de que el tamaño del águila arpía era considerable. Medía dos metros con las alas extendidas y poseía unas garras poderosas. Aquella forma lo protegería cuando saliera a la luz del sol hasta llegar a la relativa protección que le brindaba la bóveda vegetal. Dio un par de saltos y alzó el vuelo. A pesar de la fuerte lluvia, sintió la luz llenándolo todo a su alrededor. De su plumaje oscuro brotó un hilillo de humo. Había sufrido quemaduras y en su cuerpo conservaba las huellas y cicatrices, que se habían suavizado con el tiempo. Sin embargo, nunca olvidaría el dolor, que había quedado grabado en la memoria de sus huesos.

Respiró profundo y se obligó a extender las alas y elevarse hacia la horrible masa ardiente. La lluvia chisporroteó al contacto con él, silbando y escupiendo como un felino enfurecido cuando el águila alzó el vuelo, batiendo sus poderosas alas para ganar altura y llegar a los árboles. La luz casi lo cegó y, en el interior del cuerpo del rapaz, se encogió ante la intensidad de sus rayos, aún cuando la lluvia los filtrara. El tiempo que tardó en cruzar esos diez metros le pareció una eternidad aunque, de hecho, el águila llegó enseguida a los árboles. Sólo tardó un momento en ver que el sol ya no le tocaba el plumaje. El ruido del chisporroteo y los silbidos quedó nuevamente apagado por los graznidos de las aves y los gritos de los monos, que reaccionaron alarmados.

Por debajo de él, un puercoespín dejó los higos con que se estaba regalando cuando la sombra del águila pasó por encima. Dos monos araña hembras, ebrios después de consumir alguna fruta fermentada, lo miraron. El bosque lluvioso amazónico abarcaba ocho fronteras y en cada país se extendía con sus propias formas de vida orgánica. Un ornitorrinco de piel sedosa encaramado en las ramas de un árbol se detuvo y lo observó con mirada cauta. Unos guacamayos de vivos tonos rojos y azules lanzaron sus graznidos de alarma cuando los sobrevoló, aunque él no les prestó atención, ocupado en ampliar cada vez más la trayectoria circular de su vuelo para abarcar más territorio.

El águila se desplazó, silenciosa, por la selva, volando a la máxima altura que le permitía la bóveda vegetal, por encima de la cual no podía volar, mientras cubría kilómetros. Necesitaba la protección de las ramas retorcidas y del espeso follaje que bloqueaba la luz. La visión del águila le permitía distinguir un objeto de dos centímetros a doscientos metros de distancia. Podía alcanzar velocidades de hasta ochenta kilómetros por hora si se encontraba en territorio abierto y, si era necesario, podía dejarse caer a una velocidad mortal.

La agudeza visual del águila era el principal motivo por el que él escogía esa forma animal. En su raudo vuelo, divisó cientos de ranas y lagartos sobre las ramas y troncos. Las serpientes se deslizaban entre las ramas torcidas de los árboles, ocultándose entre las flores empapadas por la lluvia. Un caracal trepó por el follaje de un capoc con los enormes ojos fijos en una presa. El águila voló más bajo para ins-

peccionar la exuberante vegetación. Unos bloques de piedra caliza asomaban a medias entre un montón de escombros, como desperdigados a conciencia, y un agujero por donde desaparecía el caudal de aguas azules señalaba la presencia de un río subterráneo.

El águila siguió ampliando el círculo de su trayectoria, cubriendo cada vez más kilómetros, hasta que encontró lo que buscaba. Se posó en lo alto de un árbol, en el borde de un claro abierto por la mano del hombre. Un edificio de grandes dimensiones, una construcción de acero y roblones había sido trasladada pieza a pieza y montada a lo largo del último año. Se había dejado crecer la maleza a su alrededor, supuestamente con el fin de camuflarla, pero la selva todavía no había reclamado todo el terreno perdido.

Algo había abierto un agujero en la pared revestida de metal desde el exterior, y le había prendido fuego. El olor del humo no conseguía disimular el hedor a carne podrida y quemada, tan intenso que incluso bajo su apariencia de águila, Dominic sintió que se le ponía la carne de gallina. *Vampiros*. Era su olor característico y permeaba el aire, aunque diluido, como si hubieran pasado muchas noches desde que las criaturas inertes habían visitado aquel lugar. Aún así, los lamentos de los muertos brotaban desde el suelo de los alrededores.

El lado derecho del edificio estaba ennegrecido y por el agujero se veía parte del interior. Un combate muy reciente había tenido lugar allí, quizás en las últimas horas. El ojo agudo del águila vio el mobiliario volcado, una mesa y dos jaulas. En el suelo un cuerpo yacía, inmóvil.

Divisó a dos hombres (eran humanos, de eso estaba seguro) en el exterior del edificio, con ropa de camuflaje y potentes fusiles colgados a la espalda. Uno de ellos se llevó una botella de agua a los labios y luego retrocedió hasta guarecerse de la lluvia bajo la entrada. El segundo, empapado por la lluvia, no se movió. Dijo unas cuantas palabras al primero y empezó a circundar el edificio. Los dos mantenían un ojo vigilante, y el hombre de la entrada se apoyaba en su pierna izquierda, lo que daba a entender que estaba herido.

El águila observó, sin moverse, oculta entre las ramas gruesas y retorcidas, protegida por el follaje encima del claro. No pasó mucho rato hasta que de la espesura apareció un tercer hombre. Iba desnudo, tenía un

torso robusto, piernas fuertes y brazos musculosos. Llevaba a otro hombre sobre los hombros y la sangre le corría por el cuello y la espalda, aunque era imposible saber si era su sangre o la del hombre inconsciente con que cargaba. Dio unos pasos titubeantes justo antes de llegar a la entrada, pero el guardia no se movió para ayudarlo. Al contrario, se apartó y apuntó hacia ellos con el fusil ligeramente alzado, pero suficiente para cubrirlos.

Eran hombres jaguar. Mutantes. Para Dominic, no había dudas. Alguien había atacado aquel edificio y provocado daños importantes. El humano se mostraba a todas luces receloso de los hombres jaguar, pero les dejó el paso libre para que entraran. El segundo guardia se había quedado atrás y apuntaba hacia los dos mutantes con el dedo en el gatillo. Era evidente que la tregua que se había declarado entre las dos especies era frágil.

Dominic sabía que los hombres jaguar se encontraban al borde de la extinción. Había sido testigo de su declive unos cuantos siglos antes y sabía que era inevitable. En ese momento, los carpatianos intentaron advertirles de lo que ocurriría. Los tiempos cambiaban y las especies debían evolucionar para sobrevivir, pero los hombres jaguar no habían hecho caso de las advertencias. Preferían conservar las viejas costumbres, seguían viviendo en la espesura de la selva, encontraban a una mujer, la fecundaban y seguían su camino. Eran seres salvajes y malhumorados, incapaces de asentarse.

Los pocos hombres jaguar que Dominic había conocido tenían un sentimiento de superioridad e independencia muy acusados. Consideraban inferiores a todas las demás especies, y las mujeres eran para ellos instrumentos para la procreación, y poca cosa más. En la familia real había un largo historial de crueldad y de abusos contra las mujeres y las hijas, una práctica que los demás machos veían como ejemplar e imitaban. Unos pocos hombres jaguar intentaron convencer a los demás de que debían valorar a sus mujeres e hijas en lugar de tratarlas como si fueran de su propiedad, pero se les tachó de traidores y fueron rechazados y ridiculizados o, en algunos casos, asesinados.

Al final, los carpatianos habían abandonado a los hombres jaguar a su propia suerte, sabiendo que la especie estaba destinada a la extinción.

Brodrick X, un raro ejemplar de jaguar negro, gobernaba y dirigía a los machos tal como su padre y sus ancestros habían hecho antes que él. Se le consideraba un hombre difícil y brutal, responsable de la masacre de aldeas enteras y de los especímenes híbridos que consideraba indignos de sobrevivir. Se rumoreaba que había construido una alianza con los hermanos Malinov y con una organización de seres humanos que pretendía barrer a los vampiros de la faz de la Tierra.

Dominic sacudió la cabeza pensando en la paradoja. Los seres humanos no sabían distinguir entre un carpatiano y un vampiro, y en su sociedad secreta se habían infiltrado las mismas criaturas que pretendían exterminar. Los Malinov utilizaban a las dos especies en su guerra contra los carpatianos. Hasta ese momento, los hombres lobo no habían tomado partido por ninguno de los dos bandos y observaban una estricta neutralidad. Sin embargo, como había descubierto Manolito De La Cruz al conocer a su compañera eterna, la especie no había desaparecido.

Dominic extendió las alas y se acercó. Afinó el oído para escuchar la conversación en el interior del edificio.

—La mujer ha muerto, Brodrick. Ha saltado al vacío. No hemos podido detenerla. —En aquella voz había un dejo de cansancio y de hostilidad.

—No podemos permitirnos perder a más mujeres —dijo el segundo hombre, y se notaba el dolor en su voz.

La tercera voz era más grave, un gruñido que sugería un enorme poder y una autoridad implacable.

—¿Qué has dicho, Brad? —Había una clara amenaza en aquella voz, como si la sola idea de que uno de sus súbditos tuviera ideas propias lo convirtiera, de alguna manera, en un traidor.

—Necesita un médico, Brodrick —intervino el primer hombre.

Dominic observó que un hombre alto vestido con pantalones vaqueros holgados y una camisa abierta salía del edificio. Melena espesa, larga y greñuda. Dominic supo enseguida que se trataba de Brodrick, el líder de los hombres jaguar. Si su príncipe no hubiera ordenado que debían abandonar a los hombres jaguar a su propia suerte, él habría cedido a la tentación de matarlo ahí mismo, sin dilación. Brodrick era directamente responsable de la muerte de numerosos hombres, mujeres y niños, un ser

poseído por la maldad, embebido de su propio poder y de la creencia de ser superior a todos los demás.

Brodrick miró a los dos guardias con un dejo despreciativo.

—¿Qué demonios hacéis ahí parados en la entrada? Se supone que deberíais estar trabajando.

El segundo guardia mantuvo su arma apuntando en su dirección mientras los dos se movían circundando el edificio en direcciones opuestas. El que se había refugiado en la entrada cojeaba visiblemente, lo que confirmó la idea de Dominic de que estaba herido. Brodrick alzó una mirada de desagrado hacia la lluvia, mientras dejaba que le bañara la cara. Lanzó un escupitajo de rabia y se dirigió a grandes zancadas hacia el lugar donde se había declarado el incendio. Se agachó y barrió el suelo con una mirada prolija, y hasta se inclinó para olisquear, con todos los sentidos alerta, buscando alguna huella del enemigo. Al final, se quedó sentado en los talones.

—Kevin, ven aquí —ordenó.

El hombre jaguar que había transportado al herido salió a toda prisa, descalzo, vestido con pantalones vaqueros y poniéndose una camiseta que le ceñía el pecho musculoso.

—¿Qué pasa?

—¿Has visto bien a quien sea que ha entrado y liberado a Annabelle?

—Es un tirador asombroso —dijo éste, sacudiendo la cabeza—. Se cargó a dos guardias, y fueron dos balazos tan rápidos que todos creímos que sólo había disparado una vez.

—No quedan huellas. Ni una sola huella. ¿Dónde demonios estaba? ¿Y cómo sabía cuál era el lugar preciso que debía volar para liberar a Annabelle? No hay ventanas.

Kevin miró hacia los guardias.

—¿Crees que alguien le ha ayudado?

—¿Qué ocurrió allá? —inquirió Brodrick, señalando con un gesto hacia la selva.

Kevin se encogió de hombros.

—Seguimos el rastro de Annabelle. Escapó en dirección al río. Pensamos que quizá fuera su hombre, aquel humano del que hablaba, que

había venido a salvarla. No necesitábamos armas para luchar contra él, así que los dos mutamos de aspecto para desplazarnos más rápido que Annabelle por el bosque, aunque ella también mutara.

Era una idea razonable, se dijo Dominic desde lo alto de su punto de observación. Sin embargo, habían perdido a la mujer.

—¿Cómo le dispararon a Brad? —preguntó Brodrick, sacudiendo la cabeza—. ¿Y dónde está Tonio?

Kevin respondió con un suspiro.

—Lo encontramos justo al otro lado de las cuevas. Había luchado contra otro felino, y estaba muerto. Brad se encontraba arrodillado a su lado y, de pronto, lo habían tumbado de un disparo y a los dos nos tenían clavados. Yo no estaba armado y muté de aspecto para intentar dar una vuelta y sorprender al francotirador, pero no encontré rastro alguno.

Brodrick lanzó una imprecación.

—Es ella. Sé que ha sido ella. Por eso no habéis encontrado huellas. Escapó por los árboles.

Ninguno de los dos dijo quién era *ella*. Dominic habría querido enterarse de quién podía ser aquella mujer que a todas luces odiaban y, por lo visto, también temían. No le importaría conocerla. Cuatro de los cinco hermanos De La Cruz tenían compañeras eternas. ¿Acaso podía ser una de ellas? Sin embargo, los hermanos De La Cruz no verían con buenos ojos a su mujer combatiendo. Eran hombres de una naturaleza ferozmente posesiva y al asentarse en aquella parte del mundo se habían acentuado sus tendencias dominantes. Tenían que vigilar las fronteras de ocho países, y sin duda los hermanos Malinov sabían lo difícil que era cubrir hasta el último rincón del bosque lluvioso. Jamás, bajo ninguna circunstancia, enviarían a sus mujeres solas. No, tenía que tratarse de otra persona.

El águila abrió sus enormes alas y alzó el vuelo. El sol empezaba a ponerse, lo cual le procuraba cierto alivio, pero el murmullo de los parásitos se volvía más ruidoso, más tentador, y su hambre se había vuelto voraz. Ya casi ni podía pensar. Gracias a la forma del ave, conservó la cordura mientras intentaba acostumbrarse a ese tormento cada vez más doloroso. A medida que caía la noche, los parásitos pasaron de un estado de latencia a una actividad desenfrenada, le royeron los órganos internos

mientras la sangre del vampiro lo quemaba como el ácido. Tenía que alimentarse, pero le preocupaba cada vez más que la locura se apoderara de él sin que tuviera la entereza para resistirse al impulso de matar mientras lo hacía.

Se había despertado con esa hambre voraz todas las noches, y cada vez que se alimentaba, los parásitos se volvían más activos y ruidosos, lo incitaban a matar para sentir la embriaguez del poder, la justiciera embriaguez del poder, con la promesa de un dulce alivio para su sangre y una sensación de euforia que calmaría todos los dolores de su cuerpo extenuado.

Permaneció por debajo de la bóveda vegetal mientras proseguía su exploración. Buscó el lugar donde había tenido lugar la refriega, esperando que el águila pudiera detectar algo que los hombres habían pasado por alto. Encontró las entradas de las cuevas, pequeñas formaciones de piedra caliza, si bien éstas no parecían replegarse hacia las profundidades de la tierra para formar el laberinto de túneles que él conocía. Había sólo tres cámaras pequeñas, y en todas sus paredes encontró rastros del arte maya. En las tres descubrió señales de que habían sido habitadas, aunque por un breve espacio de tiempo y, de alguna manera, violento. En todas ellas había manchas de sangre reseca.

Volvió a alzar el vuelo, sintiendo un vago malestar en las entrañas. Aquello lo inquietaba. Había sido testigo de horribles escenas de batallas, torturas y muerte. Gracias a su condición de guerrero carpatiano, una criatura sin emociones, no era sensible a esos horrores. Sin una compañera eterna que compensara la oscuridad en él, y después de haber vivido mil años de atrocidades y depravación, carecer de emociones era esencial para conservar la cordura. Sin embargo, la sangre en las paredes de la cueva y la certeza de que los hombres jaguar habían llevado hasta allí a las mujeres para hacer con ellas lo que quisieran, le dieron náuseas. Aquello no tendría por qué ocurrirle. En un plano intelectual, quizá, porque una reacción racional era normal, y su sentido del honor lo obligaba a rebelarse y aborrecer esos comportamientos. Pero una reacción física estaba del todo descartada, era imposible. Sin embargo...

Inquieto, Dominic siguió su búsqueda y la amplió hasta llegar al precipicio por encima del río. Seguía lloviendo, cada vez con más fuerza, y

el mundo quedó sumido en un gris plateado. Aún contando con la cobertura de las nubes, sintió el calor del sol que lo golpeaba cuando salió a cielo abierto por encima del río. Un cuerpo yacía, inerte, en el agua, entre las rocas, magullado y olvidado. La cabellera larga y espesa se derramaba sobre las piedras como algas, y tenía un brazo torcido en una hendidura entre dos rocas. Yacía boca arriba, con los ojos vacíos mirando el cielo, a merced de la lluvia que le bañaba la cara como un torrente de lágrimas.

Dominic lanzó una imprecación y luego descendió. No podía dejarla así, sencillamente no podía. No importaba cuántos muertos hubiera visto en su vida. No la dejaría ahí tirada como una muñeca rota, sin rendir honores ni respetos a la mujer que había sido. Por lo que había captado de la conversación entre Brodrick y Kevin, aquella mujer tenía una familia, un marido que la amaba. Ella — y ellos también — no se merecía quedar abandonada, un mero cuerpo azotado por la lluvia, hinchándose y descomponiéndose hasta convertirse en alimento para peces y bestias carnívoras que la devorarían como un festín.

El águila se posó en la roca justo por encima del cuerpo y mutó de aspecto. Se cubrió la piel con una capa gruesa y la capucha le protegió el cuello y la cara cuando se agachó para cogerla por un brazo. Con su fuerza no tuvo problemas para jalarla y sacarla del agua y sostenerla en sus brazos. La cabeza cayó hacia un lado y él vio las heridas en la piel y las huellas en el cuello. En las muñecas y tobillos observó unas marcas negras y azules. Su reacción volvió a sacudirlo, una mezcla de dolor y rabia y, luego, un intenso dolor en el corazón que desplazó sutilmente a la rabia.

Respiró hondo y espiró. ¿Acaso sentía las emociones de otra persona? Quizá los parásitos amplificaban las emociones que se sumaban a la poderosa excitación que experimentaban los vampiros ante el terror de sus víctimas, o con el golpe de adrenalina de su sangre. Era una posibilidad, pero Dominic no creía que un vampiro fuera capaz de sentir ese dolor.

Llevó a la mujer hasta el interior del bosque, y a cada paso que daba se sentía más apesadumbrado. En cuanto penetró entre los árboles, olió la sangre. Era seguramente el lugar donde había tenido lugar la segunda refriega y Brad había resultado herido. Encontró el lugar donde el tercer

hombre jaguar se había desecho de su ropa y salido a darle caza al francotirador, esperando sorprenderlo por detrás.

Quedaban pocas huellas que delataran el paso del hombre jaguar, unos cuantos pelos y huellas de pisadas desdibujadas y anegadas por la lluvia. Sin embargo, no tardó en encontrar el cuerpo del felino. Aquello había sido el escenario de un encuentro feroz entre dos jaguares. Las huellas del que había muerto eran más pesadas y estaban más distanciadas las unas de las otras, lo cual sugería que era más grande. Pero el felino más pequeño sin duda era un luchador fogueado, y había matado a su rival de un mordisco en el cráneo después de una lucha brutal. Las hojas en los árboles y en el suelo estaban bañadas en sangre.

Dominic sabía que los jaguares volverían a quemar el cadáver del felino. Después de estudiar atentamente el suelo para conservar el recuerdo de las huellas del jaguar victorioso, llevó a la mujer hasta el lugar más oculto que encontró en medio de la vegetación. Una gruta de piedra caliza cubierta de enredaderas y flores sería su única referencia. Abrió un profundo agujero en el suelo para darle descanso, y cuando la tierra cubrió su cuerpo sin vida, entonó la oración mortuoria de los suyos con un murmullo, pidiendo paz eterna y deseando que su alma fuera bien acogida en el más allá. También pidió a la tierra que acogiera sus huesos.

Se quedó un momento quieto mientras los rayos del sol lo buscaban entre el techo del follaje y la lluvia, quemándolo a través de la gruesa capa hasta provocarle heridas en la piel. Los parásitos reaccionaron retorciéndose y chillando en su cabeza, y le cortaron en su interior hasta obligarlo a escupir sangre. Expulsó a algunos a través de los poros de la piel. Se dio cuenta de que si no diezmaba su número, los susurros aumentaban y le era imposible ignorar el tormento. Tuvo que incinerar aquellas sanguijuelas mutantes antes de que se hundieran en la tierra e intentaran volver a sus amos.

Removió la vegetación para disimular la tumba. Los hombres jaguar volverían para borrar cualquier rastro de los suyos, pero a ella no la encontrarían porque ya descansaría lejos de su alcance. Era lo único que podía darle. Con un leve suspiro, Dominic lo revisó todo una última vez, asegurándose de que el paraje recobrara su aspecto prístino, volvió a mu-

tar de aspecto y asumió la forma del águila. Tenía que encontrar el paradero del jaguar victorioso.

Con su aguda mirada, el águila no tardó en hallar a su presa a varios kilómetros del lugar del combate. Se limitó a seguir los ruidos de la selva, de las criaturas que se alertaban unas a otras de la presencia de un depredador en las cercanías. El águila planeó sin el más mínimo ruido entre las ramas de los árboles y se posó en lo alto de la bóveda vegetal. Los monos chillaron y aullaron, avisándose mutuamente del peligro, lanzando de vez en cuando trozos de ramas al jaguar de pelaje moteado que avanzaba por la espesura hacia algún destino desconocido.

Era un jaguar hembra. En su pelaje asomaban unas manchas oscuras y, a pesar de la lluvia, también de sangre. Cojeaba, arrastrando ligeramente la pata trasera, que, al parecer, sufría las heridas más graves. Llevaba la cabeza gacha, pero su aspecto era letal, un conjunto de manchas que entraba y salía de la espesura con tanto sigilo que, en ciertos momentos, a pesar de su agudo sentido visual, el águila no alcanzaba a distinguir entre la vegetación del suelo.

Se movía en completo silencio, ignorando a los monos y a los pájaros, avanzando con paso regular, sus músculos vivos bajo el grueso pelaje. Dominic estaba tan intrigado ante aquel tozudo reflejo del jaguar de seguir caminando a pesar de sus graves heridas, que tardó unos cuantos minutos en darse cuenta de que los murmullos en su cabeza habían disminuido notablemente. Cada vez que se había liberado de los parásitos para aliviarse del dolor, no había conseguido mitigar el efecto del permanente asedio a su cabeza. Sin embargo, en ese momento se habían acallado casi del todo.

Era curioso, pensó, mientras volvía a alzar el vuelo y dibujaba un círculo en el aire, por debajo de la bóveda vegetal para evitar los últimos rayos de sol. Comprobó que cuanto más se alejaba de la hembra de jaguar, más ruidoso se volvía el murmullo y, al contrario, los parásitos cesaban toda actividad en cuanto se acercaba a ella. Las astillas de vidrio que le herían por dentro quedaron quietas y, durante un momento, sintió el alivio de aquel dolor que lo consumía.

La hembra de jaguar se adentró en la selva cada vez más espesa, alejándose del río. Cayó la noche y siguió avanzando. Dominic se dio cuen-

ta de que no podía dejarla, de que no quería dejarla. Empezó a relacionar su presencia con aquellos momentos de calma de los parásitos, y con las demás emociones, todavía más curiosas. La rabia se había convertido en dolor y en una angustia permanente. Sentía un peso tan grande en el corazón que a duras penas podía seguirla.

Más adelante, divisó unos bloques de piedra caliza enterrados a medias en el suelo de la selva. Eran las ruinas de un gran templo maya, lleno de grietas y derruido. Estaba recubierto de enredaderas y árboles que casi ocultaban del todo lo que quedaba de aquella impresionante estructura que antaño había conocido tiempos de grandeza. A lo largo de los kilómetros siguientes yacían desperdigados los restos de una civilización antigua. Los mayas eran agricultores y cultivaban el maíz dorado en medio del bosque lluvioso, hablaban en susurros del jaguar y construían templos con que pretendían aunar el cielo, la tierra y el reino del más allá.

Dominic divisó el agujero y, por debajo, el agua fría del río subterráneo que ya había visto al caer la noche. El jaguar continuó sin detenerse hasta llegar a un segundo emplazamiento maya, aunque éste había sido visitado y usado recientemente. Por el crecimiento de las enredaderas y arbustos, se diría que eso había ocurrido hacía unos veinte años, si bien era evidente que había construcciones más modernas. Había pasado una generación, el paso del tiempo se veía en las gruesas lianas y en la vegetación que había crecido sobre las ruinas. El suelo lloraba con los recuerdos de las batallas y masacres que habían tenido lugar en esa tierra. El dolor seguía siendo tan intenso que Dominic sintió la necesidad de aliviarse de su peso. El águila voló por debajo de la bóveda vegetal, alejándose del jaguar, y permaneció quieta, observando, mientras el felino se abría paso en aquel antiguo campo de batalla, como si estuviera conectado con los muertos que allí se lamentaban de su suerte.